

Isaías 64:1-8

Isaías 64:1-8

¡Oh, si desgarraras los cielos y descendieras! Ante tu presencia temblarían los montes, ² como cuando el matorral es abrasado por el fuego o como cuando el fuego hace hervir el agua; para dar a conocer tu nombre a tus adversarios, de modo que las naciones se estremezcan ante tu presencia. ³ Descendiste, haciendo cosas terribles que no esperábamos; ante tu presencia temblaron los montes. ⁴ Desde la antigüedad no se ha escuchado, ni el oído ha percibido, ni el ojo ha visto a ningún Dios fuera de ti, que actúe a favor del que en él espera.

⁵ Sales al encuentro del que con alegría hace justicia, de los que te recuerdan en sus caminos. He aquí, tú te airaste cuando pecamos. En esta situación hemos permanecido desde hace mucho tiempo, ¿y seremos salvos? ⁶ Todos nosotros somos como cosa impura, y todas nuestras obras justas son como trapo de inmundicia. Todos nosotros nos hemos marchitado como hojas, y nuestras iniquidades nos han llevado como el viento. ⁷ No hay quien invoque tu nombre ni se despierte para asirse de ti. Ciertamente escondiste tu rostro de nosotros y nos has entregado al poder de nuestras iniquidades.

⁸ Pero ahora, oh Jehovah, tú eres nuestro Padre. Nosotros somos el barro, y tú eres nuestro alfarero; todos nosotros somos la obra de tus manos.

Miramos alrededor nuestro, y vemos injusticia, vemos pobreza, vemos opresión, vemos a gente entregándose a los vicios, vemos el aumento de la inmoralidad y la generalización de la incredulidad y la blasfemia. La iglesia de Dios parece ser un número bien reducido, mientras las falsas doctrinas se extienden velozmente. Cuántas veces, al ver todo esto, no hemos oído exclamar, o tal vez hemos exclamado: “¿Cómo puede Dios soportar todo esto? ¿Por qué no nada más viene y pone fin a toda esta miseria?”

Fácilmente nos impacientamos. Una de las cosas más difíciles que nosotros tenemos que aprender es esperar, esperar con paciencia, y mientras lo hacemos, no perder la confianza. El Adviento es un tiempo para volver a aprender esta lección, y el primer domingo del Adviento, que es el año nuevo de la iglesia, puede ser un tiempo apropiado para fijar nuestra atención una vez más en qué es la verdadera base de nuestra esperanza, el motivo por el cual podemos esperar con paciencia. Meditemos esta mañana en el tema: Esperemos a Dios.

Nuestro texto realmente comienza con un clamor de impaciencia. La situación que Isaías retrata es el exilio de Israel. La tierra ha sido destruida, las ciudades derribadas, el templo demolido, y el pueblo llevado al destierro. Había una promesa de que un remanente se salvaría, pero la situación solamente parecía empeorarse, y la liberación parecía más lejos que nunca.

Así Isaías expresa el deseo y la esperanza de los creyentes en Israel que están compartiendo los resultados de los pecados de los padres y de sus propios contemporáneos con un grito impaciente que clama al Señor a intervenir una vez más con poder. “¡Oh, si desgarraras los cielos y descendieras!”

Lo que buscan es una demostración del poder de Dios que aterrara a sus enemigos. Dios había hecho esto en el pasado. Cuando Israel fue afligido en Egipto, Dios descendió y con terribles obras de juicio hizo a Egipto temblar, y con mano fuerte obligó a Egipto a dejar ir a Israel. Los condujo por las aguas del Mar Rojo, y luego usó esas aguas para destruir el ejército de Faraón. Entregó la ciudad de Jericó a Israel haciendo que todos sus muros se cayeran, y hubo muchas otras ocasiones en las cuales Dios había hecho maravillas por su pueblo.

Pero ahora todo parecía haber cambiado. Ahora clamaban, esperaban liberación, y nada. Dios aparentemente les había abandonado, olvidado, ya no respondía a ellos. ¿Qué sería la explicación?

El que hace la oración tiene que enfrentar los hechos. El pueblo no tiene a quien culpar más que a sí mismos. Han pecado contra Dios.

Toda la historia de Israel demostraba que Dios actuaba a favor de su pueblo cuando era justo y esperaba en él. Así había tratado con Abraham, Isaac y Jacob, haciendo prosperar su camino a pesar de algunas duras pruebas. Así había mostrado a Israel en el período de los Jueces. Cada vez que la gente se arrepentía y volvía al Señor, él acudió con grandes obras de liberación, mediante personas como Gedeón y Sansón. Dios había probado que él es un Dios que “actúa a favor del que en él espera”. La historia de Israel demostraba que Dios es un Dios que “Sale al encuentro del que con alegría hace justicia, de los que te recuerdan en sus caminos”.

Pero precisamente allí ve Isaías el problema. El pueblo no ha esperado en Jehová, no ha hecho justicia con alegría. Había sido y seguía siendo un pueblo rebelde y desobediente. Y nadie estaba exonerado de culpa. Isaías, hablando en nombre de los piadosos en Israel, los que todavía mantenían su esperanza en la promesa de una liberación y la salvación final mesiánica

prometida por Dios, tiene que exclamar: “He aquí, tú te airaste cuando pecamos. En esta situación hemos permanecido desde hace mucho tiempo, ¿y seremos salvos?” El mismo creyente, que pide con impaciencia que Dios responda su petición, que rompiera los cielos y descendiera para juzgar a sus enemigos y liberar a su pueblo, tiene que reconocer que ni el pueblo ni ningún individuo en el pueblo merece esta ayuda de Dios. Al contrario, su triste situación no tiene otro motivo que su propio pecado. Habían pecado en el pasado, y seguían siendo pecadores. Al mirar las cosas desde esta perspectiva, casi es llevado a la desesperación. “Y seremos salvos?” es su patética pregunta.

¿Por qué esta desesperación? ¿No es esto ser muy pesimista? No, no lo es. Es absoluto realismo si miramos objetivamente nuestra situación. ¿Qué es lo que dice Isaías, aun de él y los más piadosos en Israel? “Todos nosotros somos como cosa impura, y todas nuestras obras justas son como trapo de inmundicia”. Cuando se nos ve así como somos por naturaleza, somos “como cosa impura”, algo inmundo, un horror que la santa presencia de Dios solamente tendría que destruir. Es lo que Pablo dice cuando declara que “por naturaleza éramos hijos de ira, como los demás”. ¿Pero no hemos sido convertidos, de modo que ahora hacemos obras buenas y agradables delante de Dios? Isaías responde: “y todas nuestras obras justas son como trapo de inmundicia”. Aun las buenas obras, las mejores obras, aun los frutos de la fe, cuando se consideran en sí mismas, como son producidas por seres humanos que todavía están corrompidos con una naturaleza pecaminosa, Dios no las puede ver como otra cosa sino pecados totalmente repulsivos, como trapo de inmundicia.

Isaías presenta solamente un ejemplo para demostrar que esto es así. Habla de la vida de oración de su pueblo. Dice: “No hay quien invoque tu nombre ni se despierte para asirse de ti”. Aun los que son el pueblo de Dios, y ven lo que está sucediendo, no oran como deben. Ven las condiciones que les rodean, y en vez de recurrir con plena confianza a Dios para invocar su nombre, recurren a sí mismos, o a otras personas, y se quedan con una torpe resignación. Aun cuando oran, frecuentemente no es más que un intento descorazonado de ver si no ayudará a recordar también a Dios, pero no es un “asirse de él”, un pedir con fervor y confianza como de Jacob cuando luchó con el Ángel de Jehová por el río Jabbok: “No te dejaré ir hasta que me bendigas”. ¿Pero es esto realmente un asunto tan serio, que nuestras oraciones no son lo que deben ser, que no tienen el fervor debido? Recordemos que el orar en el nombre de Dios, invocarlo en todas nuestras necesidades, es también una parte de la ley de Dios; es lo que exige el Segundo Mandamiento. No hacerlo es una forma de tomar el nombre de Dios en vano, como

nos recuerda Lutero en su explicación del Segundo Mandamiento. Y el Segundo Mandamiento declara: “Jehovah no dará por inocente al que tome su nombre en vano”. Entonces, no sólo el fallar en invocar a Dios en todas nuestras necesidades, sino también el no orar con el debido fervor, el no realmente asirse de Dios con absoluta confianza en nuestras oraciones, en sí convierte esa justicia, esa obra mandada por Dios, en trazo de inmundicia delante de él. Santiago también reprende a los cristianos de manera similar. “Y si a alguno de vosotros le falta sabiduría, pídale a Dios, quien da a todos con liberalidad y sin reprochar; y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada. Porque el que duda es semejante a una ola del mar movida por el viento y echada de un lado a otro. No piense tal hombre que recibirá cosa alguna del Señor”. Y dice Isaías que como resultado “Ciertamente escondiste tu rostro de nosotros y nos has entregado al poder de nuestras iniquidades”. Y eso tendría que ser el resultado si realmente fueran examinados a la plena luz de la ley de Dios todas las obras, aun las llamadas buenas obras que han procedido de la fe, que han sido producidas por personas que todavía son al mismo tiempo pecadores.

Pero, si esta es nuestra situación delante de Dios, ¿qué esperanza y qué confianza puede haber? La respuesta es que no está en nosotros y nuestra condición la esperanza, sino solamente en la gracia de Dios. “Pero ahora, oh Jehovah, tú eres nuestro Padre. Nosotros somos el barro, y tú eres nuestro alfarero; todos nosotros somos la obra de tus manos”.

Dios sigue siendo Jehovah. Aunque el hombre sigue siendo infiel, Dios seguirá fiel. Aunque el hombre ha pecado, sigue siendo el Dios cuyo mismo nombre quiere decir que es “compasivo y clemente, lento para la ira y grande en misericordia y verdad, que conserva su misericordia por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado”.

Y Dios es también nuestro Padre. Es cierto, éramos hijos de la ira, condenados a causa de nuestro pecado, pero realmente lo que Isaías expresó en el principio de nuestro texto ha ocurrido. Dios realmente rompió los cielos y descendió. Es cierto, en esa ocasión no fue con grandes prodigios de juicio y de ira. No, más bien descendió en la forma de un bebito en Belén. Allí el Hijo de Dios se hizo nuestro hermano, allí aceptó la carga de nuestros pecados, allí se dedicó a un camino que le llevaría a la cruz y una muerte que sustituiría por la culpa y el castigo de todos los hombres. Y porque Cristo, el Hijo de Dios hizo esto, ahora Dios realmente ha adoptado a pecadores como sus hijos. “Así que, todos sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús”.
¿Pero realmente es posible que Dios reciba a personas que en sí no son más que una cosa inmunda, cuyas mejores obras objetivamente no son más que trazo de inmundicia? Hermanos,

no solamente es posible, es así. El mismo pasaje que nos declara hijos de Dios por medio de la fe en Cristo, también sigue para decir: “porque todos los que fuisteis bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo”. Cristo, el perfectamente justo, cubre ahora todas nuestras injusticias, todas nuestras imperfecciones, limpia toda inmundicia, y nos presenta ante su Padre con su perfecta justicia. Dios mismo no ve ya nuestro pecado e injusticia, sino la perfecta y brillante justicia de su Hijo, y nos trata luego como sus hijos. ¡Qué maravilla de la gracia de Dios!

Y es por esto que realmente podemos ahora esperar con paciencia. Es por eso que podemos dejar el tiempo de la gran intervención de Dios en sus manos, sabiendo que el día en que Dios romperá otra vez los cielos para descender con terribles prodigios, haciendo que los mismos montes se caigan y haciendo que las naciones estremezcan ante su presencia, no tendremos por qué temer ni desfallecernos. “Cuando estas cosas comienzan a sucederse, erguíos vuestra cabeza, porque vuestra redención se acerca”.

Porque en Cristo Dios ya ha intervenido con tanta gracia y misericordia, podremos esperar que Dios siempre nos siga formando para ser más como la imagen de su Hijo. Podremos enfrentar con paciencia cualquier circunstancia en que Dios nos pone, permitiendo que él utilice todas las circunstancias para moldearnos conforme a su voluntad, una voluntad que en Cristo ya se ha manifestado como buena y benigna hacia nosotros. “Nosotros somos el barro, y tú eres nuestro alfarero; todos nosotros somos la obra de tus manos”.

Entremos, así, en este nuevo año, esperando, esperando que Cristo rompa los cielos y venga en Palabra y Sacramento para limpiarnos, y también para formarnos. Esperando también que la historia de la primera venida de Cristo en pobreza y humildad llene a nosotros de tesoros celestiales de gozo y salvación. Esperando también el día en que Cristo vuelva para librarnos completamente de este siglo malo. Es así que realmente podremos decir, no en impaciencia ni en desesperación, sino con gozo y anticipación, “¡Oh, si desgarraras los cielos y descendieras!” “Ven pronto, Señor Jesús”, Amén.